

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administración que en las librerías.)
 Por un mes. 4 reales.
 Por tres id. 11 »
 Por un año. 40 »
 La suscripción empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto, 4 cuartos en toda la Península.

Pago al pedir la suscripción. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

DIRECTOR: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admón. . . 15 reales
 Por seis id. 28 »
 Por un año. 50 »
 EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
 ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana,—jueves y domingo.

Administración y Redacción, Huertas, 82, pral. izq.º

Toda suscripción de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

DIBUJANTE: FRANCISCO ORTEGO.

UN VIAJE ALREDEDOR DE UNA CORONA.

I.

En Lisboa.

EL DUQUE.—Hasta aquí llegó. El destino me empuja, y ya no puedo vencer mi natural coraje. ¡Ea, á España!

SU ESPOSA.—¡Antonio, no te fies!

EL DUQUE.—No hay fuerzas humanas que puedan contrarrestar la voluntad de Dios que me lleva al trono de San Fernando. Antes de marchar he jurado la Constitución. Estoy en regla. ¡Mi espada de Africa! ¡Mi caballo! ¡Adios, esposa, confía en mí; ó vuelvo cadáver ó con la corona sobre la testa! ¡Mi espada de Africa!

SU ESPOSA.—No te fies, Antonio.

DUQUE.—¿No he de fiarme, si todo el mundo parece estrecho á mi pujanza? Saldremos de Lisboa sin que nadie lo sepa... El buque está preparado... Humea ya la máquina... Es de noche... nadie nos ve... ¡Al mar, al mar!... Entremos en el vapor... ¡Adios, esposa... Adios... ¡Sacré nom!... ¡Mis espuelas! ¡Mi espada de Africa!

SANTANA (lleno de admiración).—¡Este hombre es un valiente!

II.

Los hombres inquietos sobre la mar inquieta.

UN VIAJERO.—¿Diga Vd., capitán, á qué hora llegaremos á la costa de Andalucía?

EL CAPITAN.—Tardecillo.

UNA SEÑORA.—Sentiria que llegásemos de noche, porque á mí me gustaria gozar de la vista que ofrece ese país tan delicioso.

EL DUQUE (embozado).—Si me habrán conocido. Parece que oigo á cada momento la voz de un guardia civil que me grita ¡tente! (se retira asustado.)

EL CAPITAN.—Señor, no deis traspieses, porque la gente empieza ya á sospechar.

UN INGLÉS.—Mi gustar Espagnia, no tener rey, bueno, bueno país, rey malo.

DUQUE.—¿Me habrá conocido?

UN FRANCÉS.—¡Oh, la république! Cet le grand avenir.

UN ANDALUZ.—¿Habla Vd. de la república? Pues poquito que nos gusta á nosotros. Aquí no hay remedio, al primer rey que venga le cortamos las orejas.

SANTANA (disfrazado de criado negro).—¿Quié tomá zu mercé un caldito? (Al duque.)

EL DUQUE.—¡Calla, desgraciado, que hay ahí un andaluz!

SANTANA (aparte).—Disimulemos. (Alto.) Yo soy neguito, yo me crié en la Habana. Usté no es ná...

EL ANDALUZ.—Mira, negrito, si no callas te voy á coger del rabo y te tiro al agua.

EL DUQUE.—¡Horror! ¡Ah, si la posteridad supiera á qué riesgos expone la Providencia á sus elegidos!

EL VAPOR.—Chú... chú... chú...

EL SOL.—Buenas noches. (Váse.)

EL DUQUE.—¡Ah, ya es de noche, respiremos! Allá arriba veo una estrella... y otras... y muchas estrellas... Aquí debajo el mar... y sobre el mar el cielo... y sobre el cielo el mar... Yo he leído esto en alguna parte.

UN MARINERO.—¡Tierra!
 LOS DIENTES DEL DUQUE.—¡Tirri-tirri-titi!
 SANTANA.—¡Señor, ya estamos en Sanlúcar!
 EL DUQUE.—Nadie nos vé... Voy á poner el pié en tierra firme. ¡Oh, qué gozo! Por fin vuelve el desterrado á pisar la tierra de España! ¡Oh, mi espada de Africa!
 SANTANA (con asombro).—¡Ha bajado solo del buque! ¡Es todo un valiente!

III.

Resolución sorpresa.

EL DUQUE.—¿Vamos bien?

SANTANA.—Creo que sí... Allí se ve una luz... Sí, sí, nos esperan. Llamemos á la puerta. ¡Tan, tan!

UNA VOZ DE ALCALDE.—¿Quién viene?

SANTANA.—¿Quién ha de venir? Nuestro hombre.

LA VOZ.—¡Cielos! esperad un poco... voy á mandar que se aleje la pareja de civiles que tengo abajo.

SANTANA.—Cúbrase su alteza.

LOS CIVILES (pasando por entre ellos).—Este bulto... me parece á mí que hay contrabando.

EL DUQUE.—Me miran...

SANTANA (queriendo disimular).—Yo nací en la Habana... Yo soy neguito... ¡Usté no es ná, usté no es ná!

LA VOZ (saliendo de un hombre que trae un candil).—¿Cómo, aquí vuestra real alteza! ¡Qué compromiso, Dios de los Borbones, qué compromiso!... ¿Pues no sabe vuestra real alteza lo que pasa?

EL DUQUE.—¿Qué ocurre?

LA VOZ.—Con objeto de ver el efecto que hacia su venida á España, hice correr ayer el rumor de que habia llegado vuestra real alteza.

EL DUQUE.—¿Y qué?

LA VOZ.—Que por poco me cuelgan; desde Madrid hasta Cádiz todo el mundo se ha puesto de veinticinco mil uñas. Vamos, que no le quieren á vuestra alteza real. Y es un dolor, sí señor, porque vuestra alteza real merece otra consideracion y otro aquel. Y que dicen que no pueden ver á vuestra alteza... Pero lo que se llama no poderlo ver.

EL DUQUE.—Pero la ley me autoriza á venir... He jurado tambien la Constitución... soy ciudadano español, y tengo el deber...

LA VOZ.—Pues ese deber puede pagarlo muy caro vuestra alteza real.

EL DUQUE.—¿Luego hay peligro?

LA VOZ.—¡Y gordo!

EL DUQUE.—En ese caso... nos volveremos sin que nadie sepa mi venida. ¡Mi espada de Africa!

SANTANA (llorando de admiración).—¡Este hombre es un valiente!

LUIS RIVERA.

ATRACCION Y REPULSION.

Yo no sé qué extrañas constelaciones influirán en estos dos fenómenos; pero indudablemente, algo superior los produce entre los políticos.

Aparecieron en setiembre último unidos todos los partidos, satisfaciendo una aspiracion universal.

Doña Isabel II lo queria para que llevasen un grande escarmiento.

Los progresistas lo deseaban, contando con que las masas les pondrian en la cumbre del poder.

Los unionistas lo anhelaban, seguros de que al fin, eliminando con su superior ilustracion á los demas, quedarian dueños del campo.

Los republicanos lo ansiaban con la esperanza de que un rasgo enérgico del pueblo barrerá de partidos viejos el haz de la península.

Unieronse, pues, todos; preparáronse al combate, y ya saben Vds. lo que pasó.

Hoy todos los que entonces se unieron y algunos más, parece que experimentan impulsos enteramente contrarios.

La union liberal no quiere unirse á nadie para formar ministerio.

Los demócratas no quieren entrar en la futura y próxima modificacion.

Doña Isabel de Borbon envia á Marfori á Italia, y á Orovio á Bayona, porque quiere vivir solita y aislada.

Cabrera separa del lado de su príncipe á los que hasta ahora le habian rodeado.

Esto parece un divorcio universal.

En cambio cada dia se estrechan más y más los lazos de los federalistas, á quienes siento mucho no poder llamar turbulentos, calificativo tradicional de los partidos populares.

Los pactos federales menudean despues del ejemplo de Cataluña, Aragon y Valencia, y así como en los buenos tiempos se hacian ligas contra el turco entre los príncipes cristianos, así hoy dia el pueblo soberano forma lazos estrechos de union, como si en efecto viese moros en la costa.

Desunirse los unionistas y unirse los disolventes, es en verdad fenómeno admirable que, si se mostrase al público por un real seria barato, y visto de balde tiene atractivos irresistibles.

¿Por qué será eso?

Hé ahí una de las mil cosas y pico que yo desearia averiguar.

¿Influirá tambien en ello la corta de árboles, á que tantas cosas raras he oido atribuir?

¿Provedrá del estremecimiento que comunica al globo terráqueo el continuo traqueteo de los ferrocarriles?

Pero no: preferiria que la verdadera causa del fenómeno dependiese de algo sobrenatural; que dimanase, verbi gracia, del abandono del Syllabus ó algo semejante.

Sea como fuere, el hecho es evidente.

¿Qué resultado nos dará?

¿Será sintoma de que pasado un trimestre aparecerá la Constitución ex-democrática de 1869 con un acta adicional?

¿O bien se la variará simplemente la fecha y á impulsos de un movimiento de progresion (no confundirlo con progreso), se la llamará Constitución de 1837?

Tal vez solo dentro del catolicismo, que tiene soluciones para todo, se halla la resolucion de este intrincado problema.

Entre tanto, empero, uno no duerme, por más que duerma otro que deberia andar muy despierto, y las digestiones españolas se van haciendo dificiles de

dia en dia, y bien sabe el cielo que no es porque hagamos escosos en la mesa, sino por razones enteramente opuestas.

El punto es importante: su averiguacion urge; sus resultados pueden ser terribles; prevengámonos con tiempo.

Dejadme reflexionar.

ROBERTO ROBERT.

SOBRE LA ISLA DE CUBA.

No sé si la insurreccion cubana es hoy menor que ayer, pero si se ha de creer al gobierno, así parece.

Mucho tiempo lleva la insurreccion de ser perseguida. O es extraordinariamente poderosa, ó no sé lo que es; mas no hay que dudar de que al cabo de tanto tiempo bien puede estar en gran parte dominada.

Supongamos que si no lo está del todo, le falta poco. Es una suposicion tan halagüeña...

¿Por qué no hemos de creer que pronto, muy pronto, la paz renacerá de nuevo en Cuba?

Yo así lo creo; y solo por creerlo así, es por lo que me decido á hablar claro respecto á las cosas de Cuba.

Las cosas de Cuba son largas de contar. Hay en ellas mucho de eso que el vulgo llama *intrínquilis*. Y esté *intrínquilis* tiene gran importancia.

Cuba es un país fértil, abundante, rico.

España es un país que hace tiempo vive pobre. Los españoles nos hemos empeñado en asegurar que España es el país de la abundancia; pero estas son cosas que oímos á nuestros padres. Hoy por hoy, la verdad es que España es como un gran señor que ha venido á menos. Recuerda sus buenos tiempos y se da tono; pero no tiene un cuarto.

El ministro de Hacienda podría decir algo de esto. El Tesoro está exhausto. Apenas hay moderados en España, y por consiguiente el dinero sabe Dios donde ha ido á parar. Sábelo Dios y sábenlo los moderados.

Cuba ha sido desde tiempo inmemorial una mina extraordinariamente explotada. Todos los gobiernos han metido la mano en el fondo de la Isla y han sacado dinero para atender á todo. Todos los españoles que no han podido hacer fortuna en España han ido á Cuba á hacer fortuna.

Esta es, en general, la historia de las cosas de Cuba.

Es una historia que para explicada de prisa, puede abrir los ojos á cualquiera. Porque cualquiera abre los ojos desmesuradamente al oír esto.

Hay un país en América donde todo el que va pobre vuelve rico. El medio mejor de hacer este viaje de recreo es hacerse nombrar empleado en cualquier ramo de la administracion de aquel país. Si puede ser en aduanas, es mucho mas seguro. Toma uno su credencial, busca dinero prestado para marcharse, llega á la Isla, la considera como país conquistado, abusa todo lo posible, trata á los blancos como negros y á los negros como á cosa peor, hace su pacotilla y se vuelve á España al cabo de dos ó tres años como un caballero (1).

Dejo á la consideracion del lector de cualquier país los atractivos que el viaje á Cuba tiene para la gente aventurera. Y en cuanto á los cubanos, escuso decir lo que opinarán del español que va á Cuba con el decidido propósito de volver á España convertido en millonario.

Esta historia triste de la aspiracion general del español que va á Cuba, comprende á todas las clases de la sociedad; desde el modesto empleado de seis mil reales, hasta el capitán general de la Isla, que tiene de sueldo anual *cincuenta mil duros*.

Hablo de empleados y generales de otros tiempos. Prudencia y generosidad me aconsejan no hacer historia contemporánea. Basta á mi propósito recordar lo pasado para indagar las causas del estado actual de la Isla de Cuba.

La Isla de Cuba desde el siglo pasado hasta hoy dia de la fecha, no ha hecho mas que dar. No ha empezado todavía á recibir. Esta es la gran causa de todo lo que allí sucede.

La demostracion de esta dolorosa verdad será el objeto de mis próximas observaciones.

EUSEBIO BLASCO.

(1) En setiembre y octubre de 1868, es decir, en los albores de la revolucion, tres mil y pico de personas solicitaron del ministerio de Ultramar ser nombradas vistas de la aduana de la Habana.

SIGUE LA CORRESPONDENCIA PARTICULAR.

Sr. D. Juan Topete: Celebraré que al recibo de estas líneas—cortas ó largas—se encuentre Vd. en el estado de más cabal salud que yo deseo para mí y para mis prógimos, entre los cuales tengo la debilidad de incluir á los señores ministros.

Cosas nuestras: los republicanos somos por lo comun gente desafortada é incivil.

Iba diciendo, Sr. D. Juan, y si no iba diciéndolo dígolo ahora, que, como en este mundo—y acaso tambien en el otro—cada cual tiene sus manías, he dado yo ahora en la de entenderme directamente con los miembros del Poder ejecutivo.

Dirijome á ellos por medio de la prensa, y si bien tengo para mí que no han de leer mis epístolas cariñosas, léelas el público, que es lo que importa, ahorrándome yo la molestia de leer las contestaciones que otros corresponsales ménos ocupados ó más atentos indudablemente me darian.

Hoy, como siempre que me he tomado esta libertad de escribir á un señor ministro, me propongo desvanecer un error en que Vd. ha incurrido.

Hablaba anteayer en el Congreso Emilio Castelar y hablaba... como él habla y he dicho bastante: usted que,—segun he podido observar diferentes veces,—se conmueve profundamente escuchando á Emilio Castelar, pidió, como de costumbre, la palabra; y digo como de costumbre, porque de algun tiempo á esta parte parece cosa decidida que, despues de un discurso del Sr. Castelar, ha de pronunciar algunas frases D. Juan Topete.

Yo, si he de hablar con franqueza, no lo tome Vd. á lisonja, escucho al marino con verdadero gusto. Cierto es, como él asegura, que si no hay en sus breves peroraciones galas oratorias, ni belleza de lenguaje, respírase en cambio en todas la buena fé, la lealtad y la franqueza del hombre que habla con el corazon.

Pues bien, por lo mismo que aprecio en Vd. esas buenas prendas que le adornan, duéleme verle apasionado é injusto cuando del partido republicano se trata.

Anteayer, por ejemplo, decia Vd. que, en su juicio, la única solucion posible era la eleccion de don Antonio de Orleans, creencia equivocada sin duda, pero que tenia Vd. derecho á emitir como diputado.

Peró añadió Vd. que esta opinion suya se arraigaba más y más, en vista del horror que inspiraba á los republicanos.

Y casi casi indicó Vd., Sr. D. Juan, que Montpensier era el *bú* de nuestro partido.

Confiese Vd., amigo mio—esto es fórmula—confiese Vd. que no es muy galante ni muy cortés esto de afirmar que una solucion es tanto más aceptable cuanto más desagrada á los republicanos; y confiese tambien que sobre ser poco galante es poco exacta.

Los republicanos combaten la intolerancia religiosa, combaten las leyes de imprenta, y no me esplíco cómo Vd. ha votado contra la intolerancia y por la libertad de imprenta.

No es exacto, por otra parte, que Montpensier sea el *bú* de los republicanos, ni mucho menos que su advenimiento al trono pueda producir su esparto: no.

Lo que hay, Sr. D. Juan Topete, es que los republicanos no comprendemos la necesidad de ese rey que con tanto trabajo buscan Vds., y que—créame usted á mí—no han de encontrar al cabo.

Y si algo tememos, señor ministro, es la perturbacion y el desórden que un rey Borbon—habia de producir en el país: Vd., cuyo patriotismo no pondria yo en duda por nada, debe reconocer esa virtud en el partido republicano, y comprender que no es lo que pudiera llamarse amor propio colectivo, lo que le mueve á desear el planteamiento de sus doctrinas, sino la conviccion que tienen de que ellas harán la felicidad de España.

¡Ah! Sr. D. Juan, con la misma franqueza que usted gasta, dírale yo en confianza, que si solo al miedo del partido republicano y no á la tranquilidad y al bien de la patria atendiéramos, ninguna solucion más conveniente que la que Vd. propone; ¡Cuánto, cuánto adelantaria la idea republicana si ese... pobre señor ocupase el trono!

Peró esto pertenece á otro órden de consideraciones.

Conste, Sr. D. Juan, que Vd. es dueño de opinar como bien le parezca; que puede Vd. emitir su opinion lo mismo que otro cualquier diputado; pero que al juzgar á los republicanos ha sido Vd. injusto, ó cuando menos corto de vista.

Hecha esta rectificacion, réstame aplaudir su patriótico y sincero ofrecimiento para el caso en que la libertad peligre, y desde mi campo asegurarle que si ese caso llega, todos, amigos y adversarios de hoy, se encontrarán allí. Hasta entonces se despide como enemigo leal...

A. SANCHEZ PEREZ.

LA SESION DEL SABADO.

La sesion del sábado fué tan interesante, que solo con relatar lo que en ella sucedió, tendremos:

Un artículo de fondo; pero de mucho fondo.

Una crónica de las Córtes; ¡pero qué crónica!

Una leccion de filosofía política.

Y un desengaño para los electores.

Tendremos todo esto, sin hacer otra cosa que referir los hechos.

Verá Vd.

Se abrió á la una y cuarto bajo la presidencia del Sr. Rivero.

Como era sábado, y los sábados han sido hasta ahora días destinados á interpelaciones,

Estaba anunciada una interpelacion del Sr. Serrallara sobre la última circular del Sr. Sagasta.

Estaba anunciada otra interpelacion del Sr. García Lopez sobre la conducta del gobernador de Huesca.

Se levanta el Sr. Serrallara para esplanar su interpelacion, y el Sr. Sagasta le dice que lo deje para otro dia.

El Sr. Figueras protesta de esto, diciendo que el sábado es dia de interpelaciones.

El presidente recuerda al diputado de la minoría que eso era exacto mientras los debates de la Constitucion estaban pendientes.

En ese caso, dice el Sr. Figueras, con tanta más razon podemos hablar hoy...

El presidente cree que lo importante es la discusion de la regencia, que es lo que está á la órden del dia.

Se entra en la órden del dia.

El asunto es importante. Los oradores que han de tomar parte en el debate, tambien son importantes.

Estos oradores son:

El Sr. Bugallal,

El Sr. Cantero,

El Sr. Cruz Ochoa

Y el Sr. Castelar.

—Tiene la palabra el Sr. Bugallal, dice el presidente.

El Sr. Bugallal está enfermo y no ha venido, dice un amigo suyo.

—Tiene la palabra el Sr. Cantero.

El Sr. Cantero no está en el salon. Buscan al señor Cantero y no parece.

—Tiene la palabra el Sr. Cruz Ochoa.

No está en casa el Sr. Cruz Ochoa.

—Tiene la palabra el Sr. Castelar.

Tampoco está el Sr. Castelar.

Es decir: se trata del asunto más importante; hay cuatro enmiendas al proyecto. Los autores de estas enmiendas no se presentan y no hay discusion. ¡Sea usted elector para esto!

El presidente deplora esta falta de asistencia de los oradores.

—¿Lo ve Vd.? dice el Sr. Figueras. Todo viene como de molde para que hagamos nuestras interpelaciones.

—¿Acuerdan las Córtes, dice el secretario, que se hagan hoy las interpelaciones?

Las Córtes así lo acuerdan; pero en este momento asoma por allí el Sr. Navarro y Rodrigo, y dice muy incomodado:

—¡Protesto! ¡Yo soy uno de los diputados que han de hablar sobre la regencia, y aquí estoy yo!

Se le concede la palabra al Sr. Navarro y Rodrigo.

El Sr. Navarro y Rodrigo es vicalvarista. Pero esta vez pronuncia su discurso en los bancos de la minoría.

Comienza por decir que todos los candidatos son hoy imposibles; por lo cual cree que no nos vendria mal una república unitaria. Los vicalvaristas se po-



POLÍTICA CONSERVADORA.

nen muy serios. El general Prim se rie. La minoría se rie tambien.

El orador cambia de opinion bien pronto. Los duques de Montpensier le parecen una excelente pareja para ocupar el trono de San Fernando. Defiende á los duques, elogia la conducta que han de seguir en adelante, y se sienta muy satisfecho.

El general Prim toma la palabra. Esto sorprende al Congreso. ¿Por qué tercia el general Prim en el debate?

Porque el Sr. Navarro y Rodrigo ha dicho que la república de Méjico era una república menguada.

—No es menguada una república que ha sabido conquistar su independendia y su libertad á costa de mil sacrificios, dice el general Prim. Yo la admiro, y yo deseo que reanudemos nuestras relaciones con aquella república y con su dignísimo presidente D. Benito Juarez.

La minoría republicana, al oir estas declaraciones, aplaude con entusiasmo al general Prim.

La cosa se complica.

Se levanta un diputado republicano, el Sr. Pastor y Landero, y dice que Montpensier es un excelente sugeto. Que los que dicen que tiene prisa de ser rey, le calumnian. Que es noble, leal y desinteresado amigo de la revolucion. Y cosas á este tenor.

Esta vez la minoría no aplaude ni nada.

Habla el Sr. Cantero. Ya pareció el Sr. Cantero.

El Sr. Cantero asegura que ni es progresista, ni demócrata, ni unionista, ni cosa parecida. Es liberal del año 1869. Ha nacido ayer, como el general Izquierdo.

Cree que la regencia es un peligro. Dice que en España hay mucho desórden, y que hace falta un rey. Ese rey no lo tenemos. ¿Por qué no tenemos rey? Exclama dirigiéndose al Gobierno.

Vuelve á hablar el general Prim.

—No tenemos rey, dice, porque no hay uno que quiera venir á este pais á ser el amo. El Gobierno ha buscado rey por todas partes, y ha trabajado como

un negro para encontrarle, pero no lo ha podido encontrar; ¿y qué le hemos de hacer?

Los compañeros del general Prim le dicen por lo bajo:—Pero hombre, ¿qué está Vd. diciendo?

La minoría no aplaude. Se rie.

El general dice entonces:

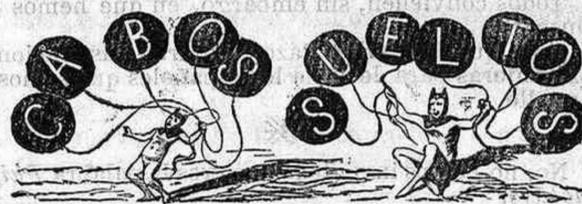
—Tenemos un rey; pero no lo podemos enseñar todavía. ¡Ya lo enseñaremos, y verán Vds. qué cosa tan mona! He dicho.

Despues de estas declaraciones se levanta la sesion.

Resúmen de la sesion del sábado:

Una mayoría que no está en su puesto para defender la regencia, y una minoría que no está en el suyo para combatirla. Un ministro de la Guerra que se hace aplaudir por la minoría hablando de una república. Un diputado vicalvarista que habla bien de la república, y un diputado republicano que le echa piropos á Montpensier. Una regencia que nadie quiere, y un rey que es y no es y que se va á enseñar por papeletas. Broma y jaleo en todos los bancos. Risas y murmullos en las tribunas. Mucho calor y cinco horas perdidas.

¡Electores, inocentes electores, contemplad vuestra obra!



Si se deja cesantes á los que no juren la Constitucion, supongo que se tomará el mismo acuerdo con los curas.

Y no se diga que es caso de conciencia, toda vez que el Papa tiene en Roma libertad de cultos.

—¿Se afeita Vd., lector?
 —Ya lo creo.
 —¿Y se corta y riza Vd. el pelo?
 —De vez en cuando.
 —Pues lléguese Vd. á la calle de Alcalá, núm. 5, como quien dice, la Puerta del Sol, lo más céntrico de Madrid, y repare Vd. en la elegancia y buen servicio del salon de peluquería que por la gracia de su buen gusto ha establecido allí el Sr. D. Manuel Santiago.
 ¡Por un real le ponen á Vd. la cara como nueva, con un ver y un olor y un sabor que no hay más que pedir!
 ¡Vamos, que lo digo yo!

D. Cruz Ochoa ha declarado que acata la Constitucion.
 Dios sea loado.
 ¡Qué peso nos quita de encima esta declaracion!
 Ya está asegurada la tranquilidad pública.
 Digo; si llega á declarar que no la acata estábamos frescos.

Vds. dirán lo que gusten de Castelar, pero valiente cosa vale comparado con D. Cruz Ochoa.
 Castelar es elocuente, eso sí; pero D. Cruz es delicioso.
 Cuando oigo á Castelar me admiro.
 Cuando escucho á D. Cruz me divierto.
 Vamos, que vale un Perú ó dos el señor Ochoa.

Tiene gracia y una lindísima música la traduccion de la opereta bufa *La soirée de Gachupin*.
 Esta traduccion bufa, este disparate cómico está traducido por D. Ramon de Navarrete, el mismo sugeto que ha estado todo el invierno diciendo pestes del género bufo desde las columnas de *La Epoca*.
 Es verdad que mientras firma con su verdadero nombre la bufonada que pervierte el arte, firma con el nombre de *Asmodeo* los artículos en que censura el género.
 ¡Qué cosas hacen los hombres por un pedazo de pan!

Castelar grita: ¡viva la república!
Ochoa clama: ¡viva Carlos VIII!
Cantero dice: ¡viva el rey!
Navarro añade: ¡viva Montpensier!
La mayoría responde: ¡viva el regente!
La Epoca contesta: ¡viva Puigmoltejo!
Todos los gritos son legítimos sin duda; todo se puede victorear.

Solo hay una cosa á la que nadie se atreve á dar un viva.
¡Una sola!
Y si no, pruebe Vd., lector.
Grite Vd. si se atreve: ¡viva el presupuesto de Figueróla!

El Tato fué cogido por un toro. Un hombre á la mar.
Nuestros suscritores recordarán aquella campaña que sostuvimos el año pasado contra los toros, y en la que salimos con gloria, aunque derrotados.
El público aficionado se despertó y nos venció.
Nosotros confesamos la derrota.
Hoy... hoy confesamos, como entonces, que tenemos razon. ¡Pobre Tato!

No pertenece á la iglesia de los italianos el letrero aquel en que se pedia para las *ánimas que fallecen pobres*.
La congregacion que fuera de la puerta de la iglesia disparaba este trabucazo á la gramática y á la religion, borró el letrero á escitacion de la prensa, pero piensa conservar el cepillo.
A lo que estamos.

En los pactos federales hacen votos muy sinceros por nuestros triunfos morales, escritores extranjeros y escritores nacionales.
¿Esto qué quiere decir?
Que el humano pensamiento descubrió en lo porvenir dias de gloria sin cuento que pronto deben venir.

Está bien escrita la segunda parte de *El Diabolo mundo*, por Carrillo de Albornoz. La empresa era grave, y sin embargo el continuador la ha afrontado con un valor que admiramos.
En cuanto al editor, ha hecho un libro perfectamente impreso, ilustrado con muy bonitas láminas intercaladas en el texto.
¿Cuando GIL BLAS elogia una cosa, será ella buena? No le digo á Vd. más.

Las palabras del general Prim respecto del presidente de la república de Méjico y de la república misma, fueron objeto de grandes aplausos en los bancos de la minoría republicana.
Con tal motivo los progresistas andan ya diciendo que la república es posible en España.
¡Ayúdeme Vd. á sentir, señor regente!

El proyecto de Sedó, y la enmienda de Cantero, y los discursos de Ochoa, y la jura del ejército, son cuatro cosas distintas y un camelo.

Regencia única.
Regencia trina.
Regencia quina.
Regencia de todos los diputados.
Y con tantos proyectos de regencia, ¿qué hay de verdad en eso de que Montpensier ha desembarcado en Sanlúcar?

Los insurrectos de la Habana incendian las casas.
¿Quién está, pues, sofocado? ¿El que se quemó?
Me choca á mí que el gobierno no publique los partes que se reciben de la Habana.
¡Claridad sobre todo! ¡Sepa todo el mundo lo que pasa!

Olózaga, así que voten el regente, se va á Paris á buscar el rey. La real rebusca solo nos costará *cincuenta mil duros anuales*.
Carrillo es el *buscon*.
¡Si á lo menos tuviera la buena suerte de no encontrarle!

Hay quien va por lana y vuelve trasquilado.
Bueno sería que buscando un monarca se encontrara Olózaga con una República.
Cosas más difíciles se han visto.

Desde que se ha empezado á discutir el proyecto de regencia no asiste á las Cortes el general Serrano.
Esto es natural. Lo que el lector no sabe es lo que dicen los vicalvaristas de esta conducta.
Los vicalvaristas dicen que el general Serrano no asiste á las Cortes porque si viera qué defensores le han salido, es posible que tomara el camino de su casa.

Habla el Sr. Cantero:
—Es preciso marchar *alante*.
Habla el general Prim:
—Este es *el pensar* de todos.
Habla GIL BLAS:
—¡Qué políticos, y qué gramatical!

La administracion de Correos nos ha devuelto de Palencia un paquete de 25 ejemplares por *carecer de timbre*.
Perfectamente.
La falta fué nuestra y creemos justo lo sucedido.
¿Pero qué haremos nosotros con la administracion de Correos al saber que un paquete de 250 ejemplares *timbrados* no han llegado á Jerez?
¿Quién nos hace justicia?
¿Es que ya no se castigan los robos en cuadrilla?

¿En qué quedamos, general Prim?
Nos dice Vd. que el Gobierno ha trabajado como un negro para traer un rey á España, y que no ha podido lograrlo.
Y en seguida nos dice Vd. que el Gobierno tiene un rey disponible para cuando se arregle este cotarro.

¿Es algun rey hecho en casa?
Las últimas noticias de Paris nos hacen saber que pronto, muy pronto, van á entrar en España los ilustres generales partidarios de *Puigmoltejo*.
Con este motivo los carlistas han aplazado su levantamiento.
Esperan aprender estrategia en la campaña de *restauracion* que van á presenciar.

—¿Qué hay de eso de *Novvilas*?
¿Será verdad que aumenta nuestras filas?

Han llegado los restos de Gravina.
Dícese que les van á hacer jurar la Constitucion.
¡No me estrañaria!

La mujer de siete maridos.—El pueblo sufre.

Dos obritas de última novedad.
La primera, es una linda é interesante narracion de Julio Nombela.
La segunda, un libro de política y filosofía, de Manuel Rivera Delgado, amigo mio y correligionario mio, y con quien suele confundirme mucha gente.
Recomiendo ambas obras y me lavo las manos.

El *Terso* ha ofrecido dos millones y el titulo de teniente general á Moriones.
¡Qué Terso tan resalado!
Sin duda el Terso cree, como dicen algunos moderados, que la revolucion se ha hecho con unos cuantos millones.
¡Terso infeliz!

¿Pero hay rey ó no hay rey?
No lo digo por mí, que en verdad eso me tiene sin cuidado; pero es necesario que el pais salga de dudas.

D. Gabriel Rodriguez dice que sí lo hay.
D. Juan Prim dice que no lo hay.
D. Manuel Becerra, que *vendrá á su tiempo*: esto es más claro.
Cada cosa á *su tiempo*
y los reyes en la noche del cinco de enero.

Todos convienen, sin embargo, en que hemos de buscarlo.
¿Con que buscarlo? Razon tendrán las naciones extranjeras para decir de los españoles que somos... aquello.

No, no hemos inventado nosotros la palabra *Puigmoltejo*.
Es el nombre con que la aristocracia española residente en Paris, distingue á Alfonsito.
La aristocracia española está en el secreto de los amores de cierto militar.
¡Pues poquito que se habló de ello en Madrid, cuando nació *Puigmoltejo*!

Histórico.
Un hombre sospechoso llega á Brihuega.
Se apea del caballo, que deja en la posada, y se dirige solo y misteriosamente en busca de algo...
Es un forastero, al parecer disfrazado.
¿Qué busca?
¿Es partidario de Carlos VII?
¿Es partidario del *Puigmoltejo*?
Un sargento de voluntarios le sigue la pista.
Entra en una casa á las nueve de la noche.
A la puerta de esta casa se queda la autoridad vigilándole.
Y pasan los minutos, y las horas, y el forastero sin salir de la casa.
¿Quién estará dentro de aquella casa?
¡Ah, yo me estremezco!
En esto llegan los amos á su casa (un viudo y dos hijos solteros).
La autoridad les pregunta por el desconocido.
Los amos ignoran todo, pero suben, registran la casa y preguntan á la criada. Nada, nada, el forastero se habia evaporado. La criada estaba sola, sola con Dios y con sus remordimientos. Pero no anticipemos los sucesos.

La autoridad, respetando sin duda la nueva Constitucion, no penetra en la casa, pero permanece en la calle.
En efecto, á las cinco de la madrugada sale de la casa el misterioso personaje.
—¡Alto! Venga la cédula.
—¿La cédula? contesta con aplomo el desconocido; en mi vida la he gastado. ¡Si tendré yo agallas!
Le registran las alforjas y solo encuentran UNA SOTANA Y UN BONETE.

¡Ah, lector piol! el forastero era un cura que habia hecho expresamente el viaje para pasar la noche con la criada, á quien habia tenido de ama en ocasion propicia.

Pero en nada se ha faltado á la moral. Tranquilícense las conciencias timoratas de las mujeres católicas.

Aunque pasó la noche en la alcoba de la criada, esta ha confesado que el cura no se movió de la silla que estaba en frente de la cama.

El hecho podrá parecer novelesco, pero no hay tal cosa. Acabo de referirlo tal como pasó en Brihuega la noche del dia 2 de junio de 1869.

Seamos francos. Si las discusiones de la Cámara Constituyente no ofrecen interés, ¿por qué no se va cada mochuelo á su olivo?
Nuestros lectores de provincias se alarmarán al oirnos hablar de este modo.

Pues es preciso que nuestros lectores de provincias sepan una cosa muy importante.

El salon de sesiones de las Cortes Constituyentes suele estar desierto la mayor parte de los dias.

¡Los señores diputados creen sin duda que los intereses del pais no significan nada!

¿Qué opinais de esto, electores?
¿Para eso habeis enviado diputados al Congreso?

Como sucede siempre, la prensa conservadora y reaccionaria llama á los republicanos de Paris vándalos y pueblo abyecto.

El pueblo de Paris, enemigo del imperio, empezó por romper faroles y cristales.

¿Cuándo se ha visto esto?
¡Ah, qué conservadores tan deliciosos!

¡Llaman desarrapados y vándalos y abyectos á los que se contentan con romper faroles!

Y cuando ellos hacen la guerra, ¿respetan algo? Poblaciones enteras quedan desoladas, pero esa desolacion se hace en nombre del rey, y merece sus elogios.

Pronto empezarán á funcionar la sociedad de conciertos y la regencia.
Veremos quien concierto mejor y más barato.

PASATIEMPO.

Solucion á la Charada del número anterior: ¡Miseria!!!

CHARADA.

Preposicion es *segunda*,
y mi *primera* al mundo alegre;
mi *tercera* es un adverbio
y mi *todo* alhajas viejas,
que solo deben servir
en los dramas y comedias.

(La solucion en el próximo número).

Correspondencia del GIL BLAS.

D. V. P. (Zaragoza).—Se hará lo que se pueda, pero ya es tarea la de des-
enmascarar á ciertos sujetos.
D. J. L. (Reus).—Las Cortes no pueden nombrar á Montpensier, *primera*
se ajuntaria el cielo con la tierra.

MADRID: 1869.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.